



# LA HOJA de PARRA



MARCA  
REGISTRADA

## EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.  
Apartado 547.—Teléfono 1843

### SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

ROQUE DE LARA

Toquecito.

FELIX RECIO

Un triunfo amatorio de Juan Belmonte.

LUIS ESTESO

...Y vamos tirando.

JOSÉ MORBIRA

El lecho del placer.

A. GARCIA DE LA ROSA

Obsequios del tiempo.

JUANITO CACHON

El primo, carnero

MISTINGUETTE

¡Mi primera caída!...

TOVAR

y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de

Mercedes del Valle

**5** cénts.

### MERCEDES DEL VALLE

Notable como artista y como mujer,

según puede verse



# SECCION VERMOUTH

**P**UES sí que se las trae el dichoso veranito!

Nos habíamos hecho la idea de que, como el año pasado sólo tendríamos unos días de calor en Julio y que ya en Agosto, tan agosto como íbamos á estar; pero la realidad en figura de horno crematorio ha venido á demostrarnos que hay que estar calientes hasta que otra cosa dis ponga la madre Naturaleza.

No protesto por la parte que á mí me toca. Ya he dicho, y vuelvo á repetir, que en punto á temperatura prefiero tenerla muy elevada antes de pasar por el disgus-

to de que la tenga baja. En esta textura, es uno un sér completamente inútil, mientras que en plena ebullición, es decir, á tensión completa, hay plétora de vida.

Y no es opinión mía exclusivamente. En eso de la temperatura he consultado con muchas señoras y da la casualidad de que todas están de perfecto acuerdo; sin titubear un momento: la prefieren subida.

Además, es un principio rudimentario de física elemental «el calor dilata los cuerpos», desde el cuerpo simple, al Cuerpo de Seguridad, porque tengan ustedes la seguridad de que por muy simple que sea este cuerpo, hay ocasiones en que también se dilata, acaso por lo acostumbrado que está á entendedérselas con dilatores ó con delatores de delitos y faltas.

Ejemplo: ¿hay ó no para que á uno se le dilate todo, cuando lee en la pudorosa Prensa diaria ciertas cosas que LA HOJA DE PARRA se avergonzaría acogiéndolas en su seno? Y ya saben ustedes que cuando ciertas cosas se acogen en el seno, no hay ya pudor que valga.

Sin duda, porque por hallarnos en la época estival, tienen que hinchar lo que buenamente llega á sus manos, se están dedicando á contar-nos intimidades de nuestras más populares artistas, sin caer mientes en que eso de investigar las interioridades de las artistas, sobre ser un atropello al derecho privado, resulta un tanto escabroso.

Libre debe de ser la misión de la Prensa, pero no tanto que se meta á olfatear el interior de ellas. Que si la Pérez lo tiene así, ó si la López lo tiene asao, no le im-



—Ya sabes lo que ha dicho la directora. Desde mañana, además del francés, el inglés y el alemán, empezaremos con el italiano.

—Pues hija, nos van á reventar si ahora nos meten una lengua más...

—Y que todas son vivas.



—¡Me siento búlgarol!

porta á nadie por muy pública que sea la vida de algunas, no hay derecho á agitársela de ese modo, conque imaginense ustedes lo feo que está que se haga lo mismo con las que nada tienen de exteriorización general, con la agravante de mostrárselo al respetable con todos sus pelos y señales. Porque es lo que dirán con muchísima razón: Cada una tiene los pelos y las señales que le dé la gana, ¡pues no faltaba más!

Porque, vamos á ver, ¿qué le importará á nadie que la Isabel de Flandes tenga veinte centímetros de pantorrilla por la parte de la molla, y cinco por la del empeine (de la pierna se entiende) á que la Mercedes del Valle posea setenta y cinco de región pectoral, ponga por ejemplo ¿y por región?

Pues lo mismo debe ocurrir, conque si Amparito Pozuelo tiene un diente de brillante ó si Julita Fons se coloca en el tobillo una esclava de oro y piedras preciosas. A propósito de lo primero, serían de leer algunas consideraciones escritas por quien pueda hacerlo, y respecto á lo segundo, no sería yo quien se metiera á filosofar en tan augusto vedado.

Porque tengan en cuenta los que tales cosas escriban que no caen en la cuenta del gravísimo daño que causan.

Ya sé yo de alguna bella dama que desde que ha leído lo del diente de brillante de la Pozuelito, está fuera de su centro, ¡y no hay cosa peor que una señora se salga del ídem! pidiendo á gritos que la salten un incisivo y la coloquen en su lugar un brillante de roca antigua. Va por esas calles desafiando con la mirada y como diciendo «¡que me lo coloquen! ¡que me lo coloquen!», y como es natural, el marido, que ya no es educando de flautín, está que echa las muelas, por lo mismo que ella quiere que le echen los dientes, y dice á los amigos de casa que él no está ya para tanta dureza. Se refiere á la de la citada piedra preciosa.

Sean, pues, discretos los queridos colegas y no se aprovechen de lo caldeado de la estación para introducir la manzana de



—Oyo, Ninchíbilis ¿qué le habrá salido ahí adelante á esa señora.

—Dirás, qué le habrá entrado.

la discordia en los tranquilos domicilios conyugales. Si su propósito es introducirle con la vaselina correspondiente diciendo que todo eso pasa en Australia ó en Gran Kilandia ó en la Gran Bretaña. Porque refiriéndose á artistas que todos conocemos, significa tanto como hacerles á algunos, no ya la gran, sino en algunos casos, la grandísima Bretaña.

Un pequeño REPORTER

## ... pueden más que carretas

Paseaban una vez Teseo y la reina de las Amazonas por un bosque inmediato á Atenas, y vieron junto á la ribera, bajo los laureles, á un joven fauno que, con una rama perfumada, cosquilleaba en la nariz de una ninfa que, completamente desnuda, dormía sobre el césped.

—¿Por qué le hace cosquillas ese fauno

### COMO SE INSINUAN LAS JAMONAS



El.—Nada de molestia: yo haré su encargo y quédare agradecido encima.

Ella. Eso de encima no lo diré usted por mí.

á la pobre ninfa?—preguntó Teseo á su real compañera.

—Sin duda para despertarla y hablarla luego de amores.

Pero la ninfa no despertaba, y únicamente de vez en cuando se estremecía su carita de rosa.

El fauno varió de táctica; recogió cuan-

tas flores podían contener sus manos, convertidas en canastillo improvisado, y lentamente las fué arrojando sobre la garganta de la joven, que, con el torpe movimiento de un brazo dormido, las echó á un lado sin despertar.

El fauno comenzó á bailar á su alrededor, golpeando los árboles, rompiendo las ramas verdes, tronchando las plantas floridas; pero la ninfa seguía durmiendo, mientras su pecho marmóreo oscilaba rítmicamente como una ola de leche.

El fauno gritaba, cantaba, reía, palmo-teaba furioso, imitaba el grito de las fieras, el piar de las aves, el arrullo de las palomas, el silbido de las serpientes; mas la ninfa permanecía inmóvil como una flor de lis enterrada en la nieve.

Entonces el joven fauno rompió á llorar. Teseo tuvo piedad del semidiós, y, sacando su resplendente espada, aquella que tan reciamente esgrimía en los combates, descargó formidable golpe sobre una roca, produciendo espantoso estruendo... Pero los párpados de la ninfa permanecieron herméticamente cerrados.

—Estará muerta, enferma ó aletargada —dijo entonces la reina de las Amazonas... Y acercándose á Teseo, le besó blandamente en la boca. Entonces, al ruido del beso, la ninfa despertó y sus ebúrneos brazos ciñeron el cuello del fauno...

Pueden más...

## TOQUECITO

—Déjame, Lola mía, en esa mano un ósculo estampar;

deja que de tus labios sonrosados la miel pueda libar;

permíteme en tu seno alabastrino mi frente reclinar.

Déjame, vida mía...

—¡Pero, hombre ¿dónde vas á parar?

Roque de LARA

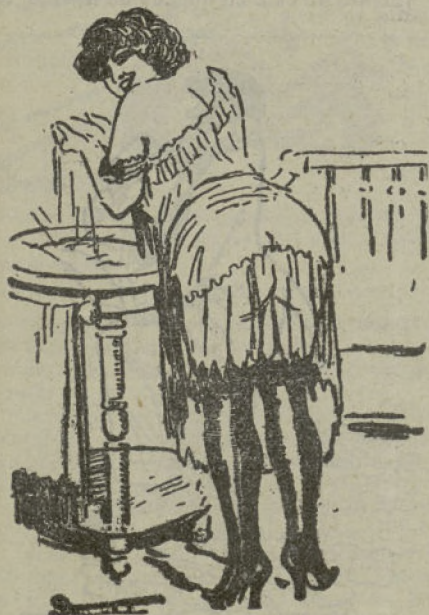
## UN TRIUNFO AMATORIO DE JUAN BELMONTE

PERSONAJES: La señora de López.—Jacoba, su aya vieja.—Antoñito, el mozo de estoques de Juan Belmonte.

## ESCENA PRIMERA

Gabinete en casa de la señora de López, cuyo marido hállase ausente de Madrid por varios días.—La señora de López y Jacoba.—Es de noche.

LA SEÑORA.—¿Te dijo seguramente que vendría?



—Ustedes perdonen; por más que las señoras no tenemos espalda.

JACOBA.—Me lo aseguré como se lo he dicho, señorita.

LA SEÑORA.—¿No equivocarías tú sus razones y supondrías para realizar hoy lo que él prometió para otro día?

JACOBA (sonriendo). ¡No, por Dios, señorita! Estoy segura. Le dije que el señorito volvería á Madrid pasado mañana y que por eso usted le esperaría esta noche á las once, y él, entonces, muy conten-

to por la noticia, se echó mano al bolsillo para obsequiarme.

LA SEÑORA.—¿Y tú accediste?

JACOBA.—¡Oh, no señora!

LA SEÑORA.—¿Cómo?

JACOBA.—Al primer ruego, no... Pero insistió tanto y tan generoso... (Hay una pausa.)

LA SEÑORA (abandonando la silla en que se sienta y acercándose al balcón, abierto de par en par.) ¡Estoy impaciente, nerviosa, no sé lo que me pasa!...

JACOBA (descubriendo al sonreír el hueco que algunos años antes debieron ocupar unos dientes blancos y diminutos.) No me extraña, señorita, no me extraña.. ¡Es tan poco frecuente recibir la visita de un hombre así!

LA SEÑORA.—(Acercándose á una mesa inmediata y removiendo un ramo de flores, que acerca á la nariz) Fenómeno realmente...

JACOBA.—Y eso que ningún elogio puede



Una amiga nuestra (la señorita A. G.) dice que si todas las mujeres pensaran como ella, tendríamos que blindarnos como indica el dibujo.

## BUSCANDO MARISCOS



—¡Vaya una almeja que se está sorbiendo ese gachó sin limón ni nadal!

dar medida de su simpatía y de su arrojo... Usted solo le conoce por lo que hablan de él los papeles, y con todo, eso es poco. Es preciso verle torear, arriesgado, valiente, emocionante, sereno, como no lo sabe hacer ninguno. ¿Qué relato de su valor dará idea de lo que sabe hacer? ¡Oh, señorita, estoy orgullosa de servir á usted que consigue que la visite!...

LA SEÑORA.—¿Y no exagerarás, Jacoba?

JACOBA.—Bien se ve que usted no le conoce.

LA SEÑORA.—Pues se ve mal... Le he visto una tarde al anochecer en la Carrera de San Jerónimo. Yo cruzaba de la calle del Príncipe á la de Sevilla, acompañada de las de Ortega, y él pasó entonces hacia la Puerta del Sol. Iba modesto, según la costumbre que le atribuyen los periódicos: con un traje de alpaca negro, con una gorra obscura... Alguien dijo junto á nosotras: «Ese es Belmonte»; nosotras volvimos entonces la cabeza y él miró también... Me pareció que sus ojos se detenían insistentes en mí. ¡No sé, no sé!... Fué una caricia enloquecedora sobre mi

frente, sobre mis hombros, sobre mi boca, sobre mis senos, sobre toda yo... A los tres ó cuatro días, cuando mi marido salió de Madrid, le escribí...

(Se oye un silbido agudo, prolongado, como los que emplean los vaqueros andaluces para ordenar al ganado que se desmanda.)

JACOBA.—¡Ya esté aquí!

LA SEÑORA (suspirando.) ¡Dios mío! (A Jacoba). Baja sin hacer ruido.

## ESCENA II

En la calle, junto á la puerta de casa de los señores de López.

ANTOÑITO GÓMEZ, EL MOZO DE ESTOQUES DE BELMONTE (furiando muy nervioso.)

¡Bonito lío éste en que me he metido! Si



—¡No quiero pensar lo que pasaría si hubiera ahora un temblor de tierra!

se descubre mi truhanería, me va á dar Juan más estocadas que le han costado juntos todos los toros que mató en su vida. Pero, ¿por qué no hacerlo? Una mujer tan joven, tan hermosa, tan limpia!... ¿Voy á conformarme siempre con las criadas de las señoras á quien Juan seduce? Le suplantaré por una vez. Ella según la vieja,

## LAMENTACION



—¡San Antonio bendito de mi alma, que tengo treinta años y todavía no me ha sucedido nada trascendental...

no le conoce, y estas sus ropas en desuso, me dan cierto aire conquistador...

(Se oyen pasos cautelosos tras de la puerta.)

¡La vieja que me viene á abrir! ¡Cielo santo! No me temblaron más las piernas cuando en Torrijos me comprometí á matar un becerrol...

(Suena la llave en la cerradura. Al fin se abre la puerta.)

JACOBA (en voz muy baja y misteriosa.)  
Por aquí, por aquí, don Juan... Sin hacer ruido... ¡Ay, si supiera usted cuánto me ha costado que no se arrepintiera!...

## ESCENA III

En la alcoba de López.

## ESCENA IV

En la misma habitación que la escena primera. La señora de López, despeinada,

pálida y ojerosa, entra concluyéndose de abrochar un ropón blanco. Jacoba, que ha ido á guiar á Antoñito á la salida, torna con esa irrespetuosidad que da á los criados la complicidad con sus señores, y la pregunta.)

JACOBA.—¿...?

LA SEÑORA.—¡Oh, efectivamente! No ha mentido la fama ni me ha engañado la ilusión; en los ruedos taurinos no pisó nunca lidiador más bravo, más resistente y más galante que Juanito Belmonte!

FÉLIX RECIO



—¿Quiere usted que la ate la cinta?

—¡Ay! tiene usted demasiado abdomen para bajarse.

—No, si eso no se hace con el abdomen.

## ...Y VAMOS TIRANDO

Contando los que estuvieron de merienda, Blas García nombraba lo que comieron, y de este modo decía:

—Comió almejas don Pascual; don Inocente, cabrito; un conejo al natural, Filomena y don Pepito.

El señor Roque, quisquillas; Juana y Luz, tortilla al ron; mi esposa, unas criadillas con mi primo, y yo, capón,

Luis ESTESO

## El lecho del placer

—¡Vaya! ¡vaya!... Veo que no tiene usted ganas de vender. Yo deseaba comprar varios muebles, porque ahora tengo la chifladura de arreglarme un nidito de amor, pero usted pide por cada chisme un disparate y es imposible que nos entendamos...

El prendero miró á su interlocutor con

nados en el vasto local de la prendería: armarios de luna, percheros, grandes espejos encerrados en viejos marcos dorados, lamparitas de dormitorio y soberbias arañas renegridas por las moscas, y cuadros místicos que la pátina del tiempo había sombreado con un velo obscuro. Aquellos muebles eran retazos de hogares deshechos y cada uno tenía su historia y sus secretos. Aquellas lámparas que pendían

del techo, inmóviles y tristes como telarañas abandonadas, alumbraron, tal vez, en otros tiempos, aristocráticos salones. ¡Cuántas opulentas señoras se sentarían en aquellos elegantes sillones de elevado respaldo que aparecían conglomerados en un rincón! ¡De cuántos lances pasionales fueron testigos aquellas otomanas, y cuántas imágenes de mujeres desnudas se reflejarían sobre la fría superficie de aquellos espejos, ogaño impasibles y mudos como nichos sin epitafios!...

Mas allá, medio escondido tras unos arcones de pino, había un lecho. No como aquéllos de en tiempos del imperio, altos, estrechos y con las ca-

beceras salpicadas de inexpresivas incrustaciones de nácar; sino un lecho moderno, bajito y muelle. Las camas pequeñas son odiosas: están construidas exclusivamente para dormir ó para gustar el deleite pronto y sin paladearlo, como vaso de vino que los caminantes apuran de pie delante del mostrador...; mientras aquel era uno de esos tálamos coquetones y amplísimos, en que una mujer pequeña no se encuentra...

Hubo unos instantes de silencio.

—¿En qué piensa usted? —preguntó el prendero.

—¡Ah! ¿Qué se yo?... Ahora recordaba aquella frase tan hermosa y tan brutal que dijo Napoleón contemplando las Manuras de Eylau, cubiertas de cadáveres: «Una noche de París remediará todo esto...»

## A COMER AL CAMPO



Una de las mayores á la otra.—Oye, niña, tengo mucha ganita, ¿quieres que hagamos una tortilla antes que vengán los demás?  
La pequeña.—¿Y yo qué hago mientras?

sus sagaces ojuelos de chalán y repuso moviendo la cabeza:

—¡Ah, bien decía yo que tenía usted trazas de estar enamorado!...

Habló sonriendo y con ese aire de autoidad bonachona que dan los años.

—Pues, se engaña usted —dijo el comprador, que era joven y apuesto—; no estoy enamorado, si bien deseo estarlo, y por eso busco un hogar cómodo y bonito, porque los buenos muebles favorecen y convidan al amor, como los manjares succulentos despiertan y acicatean el apetito. ¡Oh!... Si mis recursos fuesen tan allá como mis pretensiones, haría de mi casa un verdadero santuario, una capillita, consagrada al culto de la diosa Carne...

Mientras hablaba, sus ojos melancólicos examinaban los diversos objetos haci-



El vendedor se echó a reír.

—Esa cama —repuso— tiene su historia; una historia vulgarísima, pero... en fin... Yo se la compré a una pecadora... Luego se la vendí a un amigo mío. Un muchacho así, como usted... Después el pobre se encerró con cierta moza y tanto la quiso, tanto... que una noche le encontraron muerto ahí...

—¡Cuánto la querrial!

—¡Bah, como un loco!... Ya comprende-



El.—¡Qué hermoso es el Retiro! ¡qué árboles tan frondosos! ¡qué pájaros tan parleros! ¡qué ambiente tan perfumado!

Ella.—Sí, pero tiene algo que es inaguantable.

El.—¿Qué es, Flérida mía?

Ella.—¡Los guardas!

rá usted que para amanecer difunto entre los brazos de ella...

La cama parecía escucharles, ofreciendo su seno grave y profundo como un sepulcro abierto...

—¡Morir amando, qué muerte tan dulce! —exclamó el joven—: pues, por Dios, que le compraré a usted esa cama ya que no me es dado comprarle también su historia...

❖

«Y aunque el lector dijera comento,»

sólo añadiremos para concluir, que la cama aquella parece encerrar un sortilegio sin nuestro porque, según nos dicen hoy, el joven que la compró ha muerto en ella... ¡y ha muerto también de amor!...

¡Y es que las camas son los abismos perfumados en que va realizándose poco a poco el sueño destructor de Malthus!

José MOREIRA

## OBSEQUIOS DEL TIEMPO

De la verbena volvía Juana, muy contenta, anoche, y una tremenda sandía, en el asiento del coche, para su novio traía.

Y cuando a casa llegó, su novio, que ya de fijo, otra, aún mayor, preparó, con ella en las manos, dijo:

—¡Más gorda la tengo yo!

Angel García de la ROSA

## VENDIENDO LOS MUEBLES



El comprador.—Señora, siento mucho que no nos arreglemos, pero me pide usted mucho por la sillería.

Ella.—¿Quiere usted que tratemos sobre la cama a ver si nos arreglamos?

**El primo,** Se le dominaba así en la familia de Josefina, y aun ella misma, cuando León era un chiquillo. Se habían criado casi juntos Josefina y León, y se querían como se quie-



—¡Si yo me atreviese, ahora, cuando salga del baño!.. Los periódicos publicarían mañana mi retrato poniendo debajo «Panchito Ruiz, autor de un atropello brutal»

ren dos niños, y más cuando son dos primos carnales.

Pero no pasaban de aquí los muchachos, ni se lo hubieran consentido, caso de que lo hubiesen pensado ellos, sus respectivas familias.

Muy particularmente un tío carnal de ambos, esto es, hermano de ambas madres, y cura paterno.

Porque decía el buen señor:

—Con las personas ocurre lo mismo que con los toros y con otros animales; que si

no se cruzan las razas, degeneran: hay necesidad de refrescar la sangre.

De suerte que si los chicos hubieran sentido mutuo cariño de otro carácter que el del parentesco, no habrían podido, por entonces, realizar sus propósitos y satisfacer sus deseos matrimoniales.

Pero los años no pasan inútilmente, sino que se llevan á las personas.

Y el tío común de Josefina y León, pasó también con los años á otra vida.

Por su parte los muchachos no pensaban más que en jugar y divertirse.

Pero como las pasiones germinan cuando menos lo presienten los interesados, y en eso de enamorarse hay tantas rarezas, ocurrió que, llegados á los veinte años Josefina y á los veintidós León, ella muy guapa y rica y él rico también y ya licenciado en Derecho, que es como decir: «hecho un hombrecito», hubieron de mirarse con buenos ojos.

—No es mala moza mi prima —se dijo León.

## DONCELLA INEXPERTA



La señora. —¿Pero cómo se te ha ocurrido abrir la llave del agua?

La doncella. —¡Como antes la abrió la señorita!..

La señora. —Es que antes estaba yo encima.

—¿Quién sabe si me convendría este chico para marido! —pensó Josefina.

Y así continuando los dos, vino á suceder que en cierto día, y con motivo de celebrar el cumpleaños del padre de la chica en casa de ésta, León estuvo con su prima muy obsequioso.

Antes de sentarse á la mesa para comer, había observado León que Josefina se asomaba frecuentemente á uno de los balcones.

—¿Hay moros en la costa? —la preguntó.

Y las muchachas, que siempre niegan estas cosas aunque nada las interese quien las pregunta, respondió:

—¿Moros? No.

—Pues serán monos —replicó el primo, asomándose de pronto en el mismo balcón en que estaba Josefina.

Ella se retiró y preguntó á su primo:

—¿Qué haces, León?

En la acera de enfrente se veía un joven que parecía un ejemplar conservado en alcohol.

Pequeño, verdinegro, patizambo, con un par de patillas, entre las cuales imitaba aquella cara una llamada en el texto para una nota aclaratoria.

—Uno de esos monos entro patillas ó entre paréntesis —dijo León.

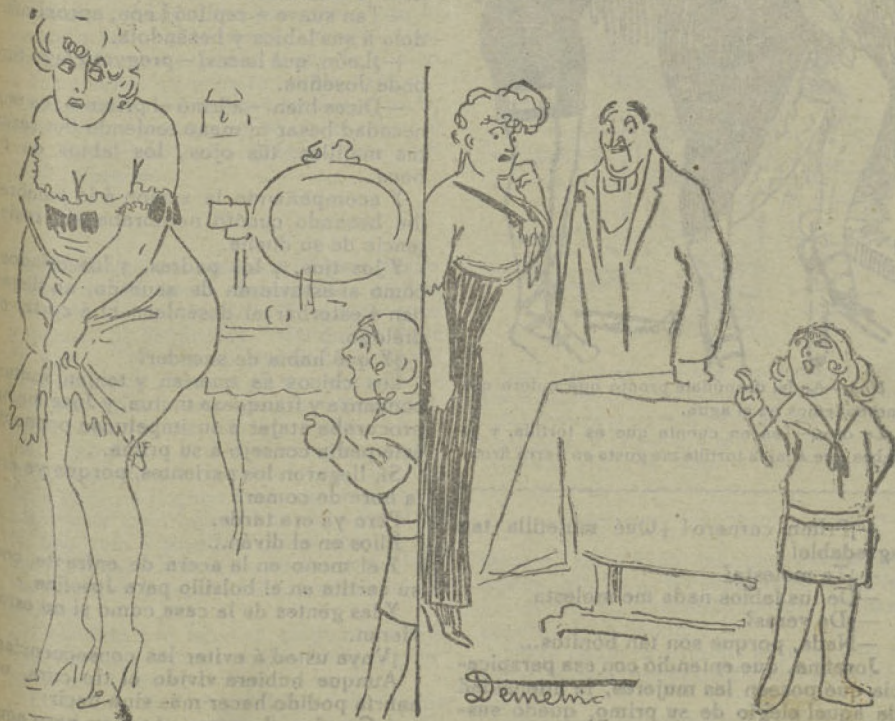
—Pero calle, hombre —le suplicó su prima alarmada.

El mono, disimulando, continuó como si paseara por la acera sin más intención que ventilarse.

—Suponia que tuvieses mejor gusto —añadió León, retirándose del bancón con su prima.

—¿Crees que yo hago aprecio de semejante títere? —preguntó como ofendida en su amor propio.

## GUARDAOS DE LOS NIÑOS



*Demetrio*

Ella á su marido.—Como hoy cenaremos pronto, almorzaremos cualquier cosa.

El niño.—Yo si no lo pelan no lo quiero.

A una pregunta del niño contesta la mamá precipitadamente: —*Quaiquier cosa!*, anda, vote á jugar.

- Por lo menos lo parece.  
 —Y aunque fuera, ¿qué?  
 —¿Qué? Que es lástima que una muchacha como tú, atienda á semejante mascarón de proa.  
 —¡Adiós, Narciso!  
 —Narciso, no, porque no estoy enamorado de mí mismo; pero muy superior á ese muñeco, sí soy.  
 —Basta que tú lo digas, primo carnero.



Una.—Anda, desnúdate pronto que quiero que merendemos en el agua.

La otra.—Ten en cuenta que es tortilla, y ya sabes que á mí la tortilla me gusta en tierra firme.

—¡Primo carnero! ¡Qué muletilla tan agradable!

—¿Te molesta?

—De tus labios nada me molesta.

—¿De veras?

—Nada, porque son tan bonitos...

Josefina, que entendió con esa perspicacia que poseen las mujeres, la intensidad de aquel elogio de su primo, quedó suspensa un momento.

—¿Te lo parecen? —preguntó después.

—Ya lo creo, y aún recuerdo, como si hubiera sido ayer, cuando los besaba.

Josefina empezó á sentir cierto temblor nervioso.

¿Por qué las palabras de su primo la causaban tal sensación cuando otras veces le había oído como quien oye llover?

Verdad era que tampoco él había estado hasta entonces tan expansivo y tan franco.

—Hoy estás muy galante —le dijo sentándose inocentemente en un diván.

Un tunante habría entendido:

—«Aquí hay otro asiento junto al mío».

León no era un hombre corrido, pero también entendió lo mismo que si lo fuera y tomó posesión del asiento.

—Es que hasta hoy, tal vez, no había reconocido tu belleza —dijo—; he estado ciego hasta hoy... porque ¡mira que estás guapa, Josefina!

Y diciendo esto, tomaba entre sus manos una de la joven.

—Y qué manitas tan blancas y tan suaves... Terciopelo francés.

—No, español —replicó la prima sin retirar la muestra.

—Tan suave —replicó León, aproximándola á sus labios y besándola.

—¿León, qué haces? —preguntó algo turbada Josefina.

—Dices bien —afirmó el primo—; es una necesidad besar tu mano teniendo tan cerca tus mejillas, tus ojos, los labios de tu boca...

Y acompañando la acción á la palabra, iba besando cuanto nombraba sin resistencia de su dueña.

Y los tíos, y los padres, y los criados, como si estuvieran de acuerdo, no llegaban á estorbar el desenlace ni á cortar el diálogo.

¿Y qué había de suceder?

Los chicos se querían y tenían mutua confianza y franqueza mutua, y Josefina no procuraba atajar á su impetuoso primo ni éste pedía consejo á su prima...

Sí, llegaron los parientes, porque ya era la hora de comer.

Pero ya era tarde.

Ellos en el diván...

Y el mono en la acera de enfrente, con su cartita en el bolsillo para Josefina.

Y las gentes de la casa como si no estuvieran.

¡Vaya usted á evitar las consecuencias!

Aunque hubiera vivido el tío cura, no habría podido hacer más sino decir:

—Conviene la cruz, sí señor; pero aquí ya no hay que andarse en eso, sino casar los y nazca lo que nazca.

Juanito CACHON

## ¡Mi primera caída!...

Aquí me tenéis de nuevo, queridísimos lectores, pero no en busca de vuestro querer, como dice la copla, que si no se ha publicado se publicará, y si para contaros, como os prometí, las peripecias de mis primeros amores; de quién fué la causa de que Cupido se apoderase de mi cuerpo caluroso; el causante, en fin, de mi primera caída... Y al decir caída no creas tampoco que fué el tropiezo simple y brutal de una vulgar coqueta deseosa de gustar los placeres de la vida sin mirar con quién, no; fué la mía caída dulce, feliz, con tientos y espasmos; emocionante por momentos, temblorosa otros, también terrible y, al fin, trágica...

De la misma manera que Helena venció á Troya, yo frágil, pero abrasadora mujercita de diez y ocho abrilés vencí al aviador más arriesgado é intrépido de París.

Léeme, pues, y júzgame á tus anchas, te lo permito... y, sobre todo, ten un poco de paciencia conmigo, aunque esto no te lo aconsejo en ningún asunto y menos en amores, pues te expones á que te soplen la dama como en nuestro teatro clásico... A veces en la oportunidad esto es el *todo*, pues lo más perentorio es... no saber el cómo sino el cuándo... ¿Me comprendes? ¿No?... Pues lee...

;;

Era una de esas mañanas tibias y perfumadas de primavera del año 19... en que el hombre, este Dios de la Creación—¿qué te parece el distintivo?—viendo sin duda de que la Tierra era demasiado estrecha para él, creyó propicio el momento de tomar posesión de los espacios interestelares.

Acababa de levantarme y juntos con mi Lulú, mi gatito, aspirábamos gustosos la dulcísima y fresca brisa matutina. El ruido de la calle no llegaba hasta mí; tan sólo el susurro de los árboles al impulso del viento, nos traía á nosotros como una purísima sinfonía, á la cual todas las voces juntas de valles y colinas habían meclado sus alientos.

Apercibía á lo lejos un ruido extraño el cual me hizo tornar los ojos hacia el punto de donde parecía venir: lo ví, al fin.

En medio de extensa llanura distinguía vagamente una especie de pájaro alrededor del cual un hombre se movía nerviosamente.

Cogí mis gemelos y le miré con más

atención: era joven, más joven que yo, galante por sus maneras, pero resuelto y decidido... Con una sabiduría magistral hacía avanzar y retroceder, subir y bajar aquel pájaro mecánico y sus evoluciones me entusiasmaban por momentos... tanto fué así que me entraron locos deseos de evolucionar con él...

Como soy nerviosa de temperamento,



Ella.—¡Ay Juan! este año tienes menos fuerza que el pasado... te cuesta más trabajo... ¿por qué?

El.—Señora marquesa, entonses me estaba soltero, pues, y mujer que te veías mujer que te cargabas, que te la dabas el baño y tan fresco como te estabas después.

tomé mi resolución: tal como estaba, ¡pobre de mí!, bajé, sin separarme de mi felino, al campo, y resuelta me marché al encuentro del aviador.

¿Pero cómo le diría yo al joven mis deseos? ¿Cómo empezaría? ¿Me comprendería él?...

Estaba emocionadísima... sola por aquellos campos, deseosa de algo que no me explicaba, me asemejaba á la Magdalena cuando se dirigía en busca de Jesús al tra-

vés de los campos de Jerusalem... Nada en derredor mío... La Naturaleza, gran señora de lo creado, contenta con los encajes de sus enramadas, con los conciertos de sus pájaros y sus vientos; satisfecha de sus opalinas montañas, cuyos acantilados forman las más originales arquitecturas; complacida con las exuberan-

### CONFIDENCIAS



*La señorita.*—A pesar de mi temperamento ardiente, me gustan esos hombres-ángeles que parecen hechos de rosas y nacar por partes iguales.

*La doncella.*—Pues á mí á pesar de ser tan sentimental, me gustan esos grandes y fuertotes que parecen hechos con partes de burro.

cias de su forma maravillosa, la Naturaleza ardía en derredor mío y se arrullaba en brazos del Estío con su devorador aliento.

Las sierras claras, azules, las colinas descoloridas y muelles por el calor se estremecían á lo lejos moviendo sus picos.

Junto á ellas el mar, tornasolado y límpido como una taza, dejaba que hasta el fondo lo hirieran los áridos rayos del sol ardiente.

¡Oh, exuberante vivir!... Y qué obstáculo me repasaba de ellas inefables delicias á mí, pobre joven enamorada... á mí, libre como el jilguerillo, al cual envidiaba sus alas y su libertad... ¿Llegaría á mis deseos?...

Haciéndome estas reflexiones y contemplando estas bellezas iba acercándose el sitio en donde se encontraba el aviador. Este me vió al fin, y aunque demostró cierto embarazo al verme, decidido, se acercó á mí y cariñosamente me dijo:

—¿Podría saber, señorita, qué es lo que me vale el honor de tan simpática visita, en medio de mi soledad?

—Usted dispense, caballero, pero es que tengo, desde que de mi ventana lo admiro á usted, grandísimos deseos de hacer un vuelo.

—¿Y no tendrá usted miedo de acompañar á un joven por los aires?

—No lo he conocido nunca, y menos ante el hombre —le contesté.

—Lo comprendo... pero, en fin, la posibilidad de una catástrofe... de un paro súbito del motor... de un planeo forzado... de una caída...

Esto de la caída me hizo reflexionar un poco, pero pensando con la suma facilidad con que el joven debía manejar su timón de profundidades, le contesté maliciosamente, y fitando mis abrasadores ojos en los suyos tímidos, le dije:

—¡Ni la caída siquiera; pues me quedaría el consuelo de haber caído junto con usted!

—¡Mil gracias! —me contestó.

Nos comprendimos. Carlitos, que así se llamaba el aviador, me hizo subir al fuselaje estremeciéndose mi cuerpo al solo contacto de mis manos. ¡Era tan lindo!... Hizo la carga de agua, bencina y vaselina

—sí, vaselina no os ríais, pues sabréis que esto es indispensable para el buen funcionamiento de los órganos principales— cargó, pues, lo necesario y después de dar el encendido rodábamos los dos y el gaito sobre aquel bien nivelado aerodromo.

Carlos hizo funcionar su timón y henos en el aire... el aeroplano subía, subía siempre majestuoso, orgulloso de su carga. Yo, temblorosa ya, sentía amargamente aquella resolución, pero la compañía del joven Carlitos me daba las fuerzas suficientes para no desfallecer. Con miedo de caerme, le cogía ansiosa sus manos y juntos los dos hacíamos funcionar el timón. Subía, bajaba. Ahora el plano estabilizador de la izquierda... el de la derecha... Aque-

lo era el gozo completo: la confianza reinaba en mí.

Carlitos dejó á mi perspicacia la dirección del aparato y gozaba de contento al ver la dirección que yo le hacía tomar.

El ruido acompasado y monótono del motor apagaba nuestros besos y el calor de nuestros cuerpos destacará la frescura de la brisa...

Ahora era yo quien lo hacía subir y bajar á mi antojo. Aquello era el disloque... Tanto era así que Carlitos tuvo que decirme que fuese con cuidado con el timón de profundidad, pues la bajada podía ser rápida y peligrosa.

¡Qué emoción la mía en aquellos instantes supremos! Ambos en silencio... Chispazos de fuego en los ojos de Carlitos, en los míos la expresión más absoluta. El era casi un niño y su candor me irritaba. Ante aquella inocencia, con orgullo de reina despreciada me proclamaba hermosa y me imponía con mi hermosura y con miradas que querían escrutar su alma y que él hacía como que no comprendía. Fijos en los míos sus ojos, buscaban sin comprender la explicación del grande misterio.

Pero á medida que yo hacía funcionar el aparato y que el tiempo pasaba, lo inexplicable, lo incomprensible, las tinieblas de su cerebro, hicieronme luz y la luz adquirió forma y la forma cuerpo y el cuerpo... el cuerpo fuí yo...

Sí, yo, la cual, dejando, por fin, todos los órganos del aparato me entregué en sus brazos olvidándolo todo y arrogante y temblorosa le dije de amores lo que él no sabía... y sin palabras en los labios, con rubor en las mejillas, ansioso de contemplarme, temeroso de que le mirara, espantado de sí mismo, en aquel instante...

—¡Te amo! — me dijo.

—¡Te adoro! — le contesté yo.

—¡Ah! Aquello fué la causa; el aeroplano, sin dirección, seguía la ruta que yo le había trazado, mas no pensaba en las consecuencias. En aquellos momentos creía que un halo de gloria nos rodeaba. Juventud y Vida diéronse cita allí sobre aquella máquina frágil y frívola, y allí iban con nosotros templando sus liras de sublimes notas, prestos á lanzar al aire los diarios arpegios de la sonata bendita. Mis labios temblaron al decirle las mil dulces palabras que guardaba el alma mía... Luego, muy juntos, estrechando su cuerpo contra el mío...

¡Oh, lectorcitos míos, aquello fué terrible... Noté así como una gran conmoción

cósmica, vi que Carlitos me estrechaba tembloroso y lívido contra su cuerpo, que sus ojos despedían mil llamas incomprensibles y que con su diestra agitaba sus planos estabilizadores...

¡Lo comprendí todo!... ¡El aeroplano sin dirección á causa de nuestra ligereza! La

## ELOGIANDO AL DIBUJANTE

(SUCEDIDO)



*El marido.*—¡Maravillosamente dibujado, tiene usted unas manos!...

*Ella.*—No lo sabes tú bien ¡Como que se está haciendo el amor!

bajada era ya irremediable. Lo irreparable iba á llegar... Mi negligencia, mis locos deseos, mi inexperiencia, me conducía á la caída fatal... quizás á la muerte...

Y así sucedió. Sentí desfallecerme, me cogí á él... y permíteme que no continúe... Sólo te diré que sentí el choque de mi cuerpo contra un cuerpo duro, un choque terrible, audaz... y me desmayé.

∴

¿Cuánto tiempo duró mi desmayo? No lo sé; pero sí os diré que al cabo de cierto

tiempo cansada y dolorida me desperté y me encontré sobre un mullido lecho rodeada de mis inseparables *Lulú, Bibi y Ruppette* y acariciada por *Carlitos*, el cual para hacerme olvidar aquel viaje aéreo estampó en mis labios un beso largo, infinito, tan inmenso y grande como nuestra ventura...

—¿El accidente debe haberte causado daño?—le pregunté.

—¡Para mí la bajada fué terrible! —me contestó—; pero supongo que tú guardarás un perenne recuerdo de tu caída.

Y... vaya si lo recuerdo...

¿Es este tu aviso, lector querido?

MISTINGUETTE

París, 19 Agosto 1913.

## SUCEDIDO...

Diálogo entrecortado:

—¡Casimira!

—¡Alberto!

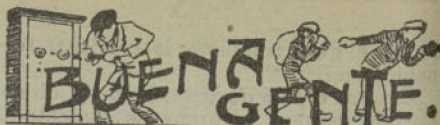
—Mi vida...

—Mi cielo...

—¡Oh!

—¡Ah! ¡Ay!... Alberto... no puedo más...

(Un vecino pared por medio).—¿Habrán cometido algún crimen aquí al lado? No sé si avisar... (Espera todavía).



Con gran sentimiento de nuestro corazón, pero porque ellos nos obligan, volvemos á sacar á la luz pública á varios distinguidos caballeros, que nos deben algún buen dinerito, y que no nos le pagan.

Por hoy, son solo estos:

**León:** Antonio Lozano, Estación.  
**Almendralejo (Badajoz):** Juan Valero, Palomas, 11.

**Pontevedra:** Vicente Mazarocas.  
**Santiago de Calatrava (Jaén):** Pascual Morales Morales.

Recomendamos á las demás Empresas editoriales que tomen nota de los nombres de estos apreciables señores.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

